

# Eurocomunismo y Cristianismo

E.  
MIRET  
MAGDA  
LENA

**L**a prensa de todo el mundo se acaba de hacer eco de la carta que el secretario general del Partido Comunista Italiano ha escrito al obispo de Ivrea, monseñor Betazzi, como contestación a la que este realista prelado italiano le dirigió hace un año pidiéndole, después de las elecciones del 20 de junio de 1976, que el partido "hiciera un verdadero esfuerzo por respetar y comprender los problemas religiosos del país y de la Iglesia italiana".

El episcopado del cercano país, ante el avance electoral del comunismo en ciertas zonas, se alarmó por el porvenir de las instituciones asistenciales dirigidas o atendidas por la Iglesia y por el futuro de las escuelas católicas en las regiones donde hay mayoría comunista y socialista.

Estos partidos laicos, que no tienen la teledirección de la Santa Sede, que, sin embargo, ha tenido la Democracia Cristiana, provocaron la ley de descentralización que ahora puede poner en manos de los "tradicionales enemigos" de la Iglesia —como los llama la prensa de derechas— los últimos baluartes de influencia social poderosa que le quedan a la organización eclesial en Italia.

Pero la contestación del líder comunista Berlinguer —para la cual se ha tomado un año largo— pretende aclarar definitivamente y con toda sinceridad las cuestiones no sólo de detalle, sino de fondo. Y por eso debemos preguntarnos, también con la misma claridad: ¿lo ha conseguido?, ¿ha marcado un hito decisivo en las relaciones marxismo-cristianismo?

A juzgar por las contestaciones y confrontaciones que ha producido la respuesta al obispo, hemos de pensar que se ha dado un paso muy importante —no sólo en Italia, sino para todo el mundo europeo y aún más allá de él por la repercusión que ha de tener este hecho— en la necesaria clarificación de las relaciones marxismo-cristianismo, que es sin duda uno de los problemas político-sociales de mayor importancia para el porvenir de nuestra sociedad europea y mundial.

La primera cosa que Berlinguer aclara en su escrito público es que la inquietud eclesial sobre el problema concreto de los centros asistenciales y educativos de la Iglesia debe desaparecer como un problema inquietante de la mente de los dirigentes católicos. Una cosa es que el Estado atienda las carencias que existen en esos dos campos, sanitario y educativo, y otra muy diferente que en Italia pretenda el PC, más o menos ocultamente monopolizarlo todo coactivamente impidiendo "el libre aporte de las organizaciones cristianas y de las instituciones eclesiales", como todavía sospechan los jerarcas católicos italianos. El eurocomunismo ha com-

prendido con total claridad —y Togliatti fue su precursor en el país del Lacio— que toda dictadura tiene que desaparecer para siempre, y también la "dictadura del proletariado", como entre nosotros ha expresado con acertado énfasis Santiago Carrillo.

El artículo 5.º de los estatutos del PCI —que propugna la inspiración en el marxismo-leninismo— no tiene ya vigencia práctica, como recuerda el marxista profesor de Matemáticas e ideólogo del partido Lombardo Radice. Artículo de los estatutos que será suprimido oficialmente en el próximo XV Congreso, a juzgar por la actual declaración de Berlinguer: "El PCI es un partido laico y democrático y, en cuanto tal, no es ni teísta ni ateo", como ha pretendido serlo históricamente hasta ahora el marxismo-leninismo.

¿Por qué esta clara postura que suena a nueva? Por dos razones de peso: una doctrinal y otra práctica. La primera porque cada vez se comprende mejor, y se sacan consecuencias insospechadas hace años, aquel dicho de Lenin —repetido insistentemente por Mao— que el marxismo "no es un dogma, sino una guía para la acción". Por eso mismo —dice ahora Lombardo Radice— que el marxismo en el PCI es, ante todo y sobre todo, "un método político" al cual "todas las confrontaciones en el campo de la cultura le son útiles", sin prejuicio dogmático alguno. Y en cuanto análisis de la realidad, "el análisis marxista —señala Berlinguer— es un patrimonio entendido y utilizado críticamente; esto es, como una enseñanza, y no aceptado y leído dogmáticamente como un texto inmutable". Más que un partido marxista, en el sentido fuerte y rígido de la palabra, es —como observa Lombardo Radice— "un partido que procede de Marx, que no quiere ser un partido doctrinario, sino abierto a todos los aportes culturales y que no pretende ser monolítico".

La segunda razón, de orden práctico, es que hoy vive el PCI en Italia una gran realidad señalada por su secretario general; que "en este partido militan personas de diferentes convicciones ideológicas, culturales, filosóficas y religiosas". Por eso, el Partido Comunista Italiano ya "no profesa explícitamente la ideología marxista como filosofía materialista y atea", su punto de vista es más respetuoso con la creencia y con el punto de vista cristiano sobre el hombre y el mundo.

El precursor Togliatti proclamó hace años en los estatutos del PCI que todo el que se inscribiera en el partido "conservaba la libertad de sus propias convicciones filosóficas y religiosas", con tal de que acepte "la línea política" nada más. Porque el partido solamente propugna "un Estado laico y democrático" en donde reine el "pluralismo" en otros niveles

donde ayer incidió el materialismo ateo. Por eso también los totalitarismos serán excluidos de la estructura política de la sociedad futura preconizada por Berlinguer para Italia, y lo serán convencionalmente al partir de unas premisas antitotalitarias y democráticas.

Habrà, sin embargo, quien todavía recuerde el defectuoso ejemplo de muchos países del Este europeo donde esta situación no se ha alcanzado. A ello contesta, lo mismo Berlinguer que el profesor Lombardo Radice, que es justa esta crítica porque esta "confrontación cultural" no es suficientemente permitida en ellos; "pero están equivocados" estos países, juicio que no lo han ocultado estos dirigentes comunistas italianos cuando han tenido ocasión de decirlo a los líderes de esas regiones del Este de Europa.

Monseñor Betazzi, cuando escribió hace un año a Berlinguer, estaba preocupado por un hecho real en su país: que "muchos de los 13 millones de electores italianos que están bautizados, han votado por el PC sin ser materialistas ni ateos". Y ahora ha podido respirar tranquilo al conocer la contestación del máximo dirigente comunista italiano. El obispo confiesa que la respuesta le ha dejado "agradablemente sorprendido", porque "representa una reflexión ponderada y profunda". Aceptación que ha tenido también un eco —aunque menos favorable— en el periódico oficioso del Vaticano, el Osservatore Romano, que adopta una postura relativamente comprensiva al escribir que "no quiere desanimar a ninguna voluntad sincera", refiriéndose a Berlinguer sin duda. Pero pronto ha aparecido también el anticomunismo visceral del arzobispo de Florencia, monseñor Benelli (que nosotros conocemos mal porque en España, cuando estuvo de secretario en la Nunciatura, se mostró antifranquista, lo cual no fue sinónimo de ser abierto socialmente ni religiosamente); así como la postura negativa del patriarca de Venecia, Luciani; y más tarde, la salida, en forma de exabrupto, del presidente de la Conferencia Episcopal italiana negando todo posible entendimiento entre marxismo y cristianismo.

Lo importante, a pesar de todo, es que en la Iglesia suenan ya algunas altas voces más comprensivas y realistas —y, por tanto, más evangélicas— que las de los retrógrados obispos de siempre. Voces que, aunque minoritarias, escuchamos con agrado los creyentes, después de haber oído día tras día los más deformantes juicios sobre lo que sea el marxismo. ■